

Florencia Bonfiglio y Francisco Aiello (comps.)

Las islas afortunadas

Escrituras del Caribe anglófono y francófono

•KATAY•
EDICIONES
DIGITALES

Título del libro: Las islas afortunadas. Escrituras del Caribe anglófono y francófono / Florencia Bonfiglio... [et al.]; compilado por Florencia Bonfiglio; Francisco Aiello; prólogo de Florencia Bonfiglio; Francisco Aiello. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Katatay, 2016.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-29565-6-1

1. Creación Literaria. I. Bonfiglio, Florencia II. Bonfiglio, Florencia, comp. III. Aiello, Francisco, comp. IV. Bonfiglio, Florencia, prolog. V. Aiello, Francisco, prolog.

CDD 863

Primera edición: Diciembre 2016

© Los autores

© Ediciones Katatay

© Julio Bariani

© María Eugenia Dalla Lasta

ASOCIACIÓN DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS KATATAY

(C.U.I.T. N°: 30-70990915-7)

Email: contacto@edicioneskatatay.com.ar

<http://www.edicioneskatatay.com.ar>

Diseño Logo Editorial: Julio Bariani

Diseño de Tapa: María Eugenia Dalla Lasta

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

ISBN 978-987-29565-6-1



Índice

Prólogo

Florencia Bonfiglio y Francisco Aiello 7

Fundar la tradición: entre el archivo y la experiencia

La carta privada como comunicación pública y política en las epístolas de Elizabeth Hart Thwaites y Anne

Hart Gilbert

Elsa Maxwell 23

Los Estados Unidos en los principios de la literatura anglocaribeña. Sobre George Lamming y sus precursores

Florencia Bonfiglio 49

África en el Caribe francófono (Martinica y Guadalupe)

Eurídice Figueiredo 65

La memoria de las islas: mujeres que cuentan

Revisión histórica y resistencia de la mujer negra en la nueva slave narrative: *Free Enterprise* de Michelle Cliff

Eugenia Marra 89

El cuerpo y el texto como sitios de resistencia:

***The Long Song* de Andrea Levy**

Andrea Montani 103

Duelo y escritura en la novela *My Brother* de Jamaica

Kincaid

Karen Poe Lang 119

El lenguaje de la mirada caribeña: poesía y paisaje

Descolonización, transversalidad y pasaje percusivo del Caribe en el pensamiento de Edward Kamau Brathwaite

Claudia Caisso 137

***Caminar raíces y hablar palabras*. Escritura topográfica en *I is a Long-Memored Woman* de Grace Nichols**

Azucena Galettini 159

El paisaje en la reapropiación de la mirada: <i>Tiepolo's Hound</i> y <i>White Egrets</i> de Derek Walcott	
María Griselda Riottini	189

**La política de la representación: ficciones y traducciones
etnográficas**

Jacques Roumain contra el falsete de los eunucos. Una lectura conjunta de <i>Les fantoches</i> y <i>La montagne ensorcelée</i>	
Florencia Viterbo	205
Tensiones lingüísticas y culturales en <i>Solibo Magnifique</i> de Patrick Chamoiseau	
Francisco Aiello	229
Traducir la brujería. Por una política editorial de traducción en torno al tema afroespiritual	
Mónica María del Valle Idárraga	245

El Caribe en primera persona

“Cómo retratar esta Jamaica que tanto quiero”: entrevista a Opal Palmer Adisa	
María Alejandra Olivares	271

Sobre los autores	291
--------------------------------	-----

Prólogo

Florenzia Bonfiglio y Francisco Aiello

En un maravilloso poema titulado “Islands”, el escritor barbadense Kamau Brathwaite nos sitúa ante el dilema de todos los pueblos colonizados por historias y modos de ver ajenos. Las islas caribeñas no son más que “rocas, históricos/ fraudes, cascos pútridos, ruedas/ de cañón, tugurios/ de sol: si nos odias. Joyas,/ si hay deleite en tus ojos.”¹ Concebidas como objetos para el otro –joyas en el mejor de los casos–, desde la conquista de América, las Antillas han conformado la variante moderna de las Islas Afortunadas, aquellas que en la Antigüedad eran imaginadas como lugar de bienaventuranza, versión pagana del Paraíso terrenal donde abrevan hasta el día de hoy las publicidades que incentivan el consumo turístico de la región.

Sabemos que, en verdad, las *Fortunatae Insulae* han sido identificadas con la llamada Macaronesia, el equivalente griego que nombra a los cinco archipiélagos del Atlántico cercanos al África: las islas Azores, Madeira, Salvajes, Canarias y Cabo Verde. Pero el *misreading* de nuestra entrada al Caribe literario –como todo *misreading*– se vuelve iluminador. En primer lugar, porque concebido como una misma *isla que se repite* a través del “Atlántico negro” –según la formulación de Paul Gilroy–, el Caribe ha sido hermanado por la teoría contemporánea con aquellos “pueblos del mar” cercanos al África (véase, al respecto, el póstumo *Archivo de los pueblos del mar* del cubano Antonio Benítez Rojo). En segundo lugar, porque en tanto “archipiélago de fronteras externas” –ahora en la conceptualización de Ana Pizarro–, y como violenta zona de contacto y (des)encuentros de lenguas y culturas, las Antillas han sufrido históricamente las denominaciones erróneas y las lecturas impropias. De allí que,

¹ El poema “Islands” comienza: “So looking through a map/ of the islands, you see/ rocks, history’s hot/ lies, rot-/ ting hulls, cannon/ wheels, the sun’s/ slums: if you hate/ us. Jewels,/ if there is delight/ in your eyes” (citamos de *Los danzantes del tiempo. Antología poética*, trad. al español de Christopher Winks y Adriana González Mateos, México, UACM, 2010, 34-35).

entre otros muchos ejemplos del archivo caribeño, Aimé Césaire, en su fundador *Cahier d'un retour au pays natal* (1939), haya jugado con las dislocaciones geográficas nombrando a las Antillas como *polinesia*.²

Pero existen, por otro lado, las justificaciones etimológicas, puesto que las islas *afortunadas* son aquellas que, como indica el participio, tienen o son resultado de la fortuna, y esta última, además de una suerte favorable, significa –según usos arcaicos– su contrario: la desgracia. Las islas afortunadas son también en su antigua acepción las islas borrascosas, tempestuosas –en lengua taína diríamos huracanadas–; y, en su sentido más actual y más literal, aquellas que acumulan riqueza (mayormente extranjera): desde la Colonia las Antillas lo hicieron bajo la forma de *islas de azúcar*, como escribió Eric Williams en *Capitalism and Slavery*; y así se convirtieron, por la desgracia de sus esclavos (igualmente proporcional al capital de los plantadores) en “las colonias más preciosas jamás registradas en los anales del imperialismo.”³ En las últimas décadas, como sabemos, las afortunadas Antillas han acumulado cantidades equivalentes de miseria y capital bajo la forma de paraísos turísticos y fiscales. *Last but not least*, y para volver a la serie literaria que es lo que nos ocupa, la figura de la fortuna también parece avenirse a los logros obtenidos por algunos de sus más afamados escritores: entre otros importantes galardones, sus tres premios Nobel (Saint-John Perse, 1960; Derek Walcott, 1992; V. S. Naipaul, 2001); cinco si consideramos –siguiendo a Norman Girvan, como en este volumen lo hacen Claudia Caisso y Mónica del Valle– la Cuenca del Caribe o el Gran Caribe, para incluir al guatemalteco Miguel Ángel Asturias (1967) y al colombiano

² “Et mon île non-clôture, sa claire audace debout à l'arrière de cette polynésie...” [“Y mi isla no cercada, con su clara audacia de pie detrás de esta polinesia...”] (*Cuaderno de un retorno al país natal*, edición bilingüe, traducción al español de Agustí Bartra, México D.F.: Ediciones Era, 1969: 52-53). Al comienzo de su *Discours antillais*, Édouard Glissant parece responderle a Césaire cuando afirma, contra las miradas exotizantes: “Martinica no es una isla de Polinesia” (*El discurso antillano*, trad. de Aura Marina Boadas y Amelia Hernández, Caracas: Monte Ávila, 2005, 9).

³ Cit. en Grüner, Eduardo, *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*, Buenos Aires: Edhasa, 2010, 217.

Gabriel García Márquez (1982).

Quizá por alguna de las razones anteriores –sus riquezas o sus desgracias, sus históricos fraudes o sus terribles huracanes–, o probablemente debido a las traiciones de sus traductoras (Colette Audry y Henriette Étienne), fue *Les îles fortunées* el título elegido para la publicación en francés de la primera novela del escritor barbadense George Lamming *In the Castle of My Skin*. La novela fue traducida a instancias de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir en 1954 para la colección *Les Lettres Nouvelles* de Maurice Nadeau, y, tal como se comenta aquí en la contribución de Florencia Bonfiglio, su publicación materializó las alianzas establecidas por la diáspora afroamericana y afrocaribeña al calor de la *Négritude* y con el impulso de las vanguardias intelectuales en París.

La publicación de esas *islas afortunadas* en francés, en París, aunque casi desconocida, es emblemática de las condiciones fundantes y los rasgos distintivos de la literatura antillana, de sus relaciones de dependencia de las metrópolis externas y de sus posibilidades de desarrollo incluso hasta el día de hoy. Puesto que no solo las joyas tuvieron que ser “descubiertas” por los centros de legitimación foráneos para comenzar, sino porque además los sistemas literarios del Caribe anglófono, y también francófono, han roto desde sus inicios con los fundamentos en que se sustentaron las literaturas nacionales y regionales en la República mundial de las Letras: el esquema tradicional de lengua nativa-tierra natal que legitimara la independencia de las literaturas modernas respecto de sus fuentes primigenias.

En efecto, hasta la actualidad, aquellas obras que tanto la Academia como el mercado literario reconocen como literatura caribeña son escritas mayormente desde la diáspora y/o en diversas lenguas que no necesariamente constituyen lenguas maternas para sus productores; es el caso de aquellos provenientes de zonas creolófonas que recurren al francés o al inglés como lengua literaria o de aquellos que adoptan este último en los Estados Unidos, Inglaterra, o también Canadá. La haitiana Edwidge Danticat sería un ejemplo paradigmático, puesto que se trasladó a la ciudad de Nueva York a los 13 años y completó allí su educación en inglés, lengua con la que forjó

toda su obra. Las carreras literarias de las jamaquinas Michelle Cliff (1942-2016) y Opal Palmer Adisa (nacida en 1954), en este volumen abordadas por Eugenia Marra y Alejandra Olivares respectivamente, también fueron desarrolladas en los Estados Unidos. La experiencia diaspórica, muchas veces, es tematizada y problematizada por la propia escritura, como puede leerse en *My Brother* de Jamaica Kincaid: la novela autobiográfica de la autora antiguana, estudiada aquí por Karen Poe Lang, enfatiza los contrastes entre la miseria de la isla natal y el estándar de vida alcanzado en Vermont, lugar de residencia actual de Kincaid. Para otros escritores del área anglófona, la trayectoria ha seguido los pasos de figuras señeras como George Lamming o Kamau Brathwaite, quienes escribieron el Caribe desde Londres, la metrópolis colonizadora, y quienes ya en los años 60 meditaron extensamente, de modo pionero, sobre el fenómeno del “exilio” de la escritura antillana. Así, el Reino Unido ha sido el lugar de residencia de la guyanesa Grace Nichols, cuya poesía, en este libro, es escrutada por Azucena Galettini precisamente en su inflexión espacial, geográfica (y geopolítica).

En lo referido al ámbito francófono, y más allá de las variadas diferencias entre la independiente Haití y las hasta hoy colonias francesas, la situación ha sido similar desde los momentos fundadores de sus literaturas. De allí que en Haití, en los años 30 del siglo pasado, Jacques Roumain se ocupara todavía de denunciar, en la senda de Jean Price-Mars, el exilio o “bovarismo” de la élite intelectual de su país, como bien apunta Florencia Viterbo en su contribución a este libro. En las Antillas francesas, aun de modo más pronunciado debido a los lazos coloniales con la metrópolis, la escritura ha estado signada por la migrancia y los retornos, eventuales o simbólicos, a la tierra natal: tal es el panorama trazado por Eurídice Figueiredo en torno a escritores centrales de esta región como los martiniqueños Aimé Césaire o Édouard Glissant. También la trayectoria de Maryse Condé, quien reside actualmente en Guadalupe, estuvo marcada por una incesante errancia, que la llevó incluso a distintos países del África, y a preguntarse en alguna oportunidad: “¿Un escritor no podría errar constantemente, estar constantemente en búsqueda de otros hombres? Eso que le pertenece

al escritor, ¿no es sólo la literatura, es decir, lo que no tiene fronteras?”⁴

Mientras la condición migrante de la literatura caribeña parece confirmar la transnacionalidad intrínseca de la literatura, esta misma deja en evidencia, sin embargo, la dominación política, económica y cultural ejercida por las potencias imperiales –hoy en día especialmente los Estados Unidos– sobre el Caribe y la precaria situación de los escritores caribeños, quienes se ven obligados a trasladarse al Norte o a las (ex)metrópolis colonizadoras como Londres o París para desarrollarse profesionalmente. Estos productores, a la par que contradicen las premisas nacionalistas de la historiografía literaria, dan forma a un Caribe literario como territorio de la imaginación que, para sobrevivir, debe sortear los destinos impuestos por el poder (neo)colonial, sucumbiendo, a veces también, a sus leyes. Así, pues, como escribe Vera Kutzinski en su introducción al Volumen II de *A History of Literature in the Caribbean*, “mientras todas las naciones son, en palabras de Benedict Anderson, ‘comunidades imaginadas’, la frase adquiere una resonancia particular para el Caribe, anglófono y en otras lenguas: el Caribe es un mundo imaginado e inscripto desde la distancia con una coherencia cultural allí donde no existe estabilidad económica ni unidad política; dotado de autenticidad cultural allí donde no existe (ya) autoctonía.”⁵

Si pensamos, entonces, el Caribe literario como una comunidad imaginada, sustentada en historias compartidas y entretejidas en torno de ciertos núcleos de sentido particulares, encontraremos que categorías académicas como Caribe *anglófono* o *francófono* no hacen justicia precisamente a la compleja situación diaspórica de los sistemas literarios antillanos. Por un lado, es innegable que la adopción de estos adjetivos de orden lingüístico subsana el anterior problema de hablar de la literatura del Caribe *inglés* o *francés*, la cual niega la condición soberana

⁴ Condé, Maryse, “Notes sur un retour au pays natal”, *Conjonction: revue franco-baillienne* (Supplément), N° 176 (1987), 23, traducción nuestra.

⁵ Kutzinski, V., “Introduction”, *A History of Literature in the Caribbean*, Albert James, Julio Rodríguez-Luis & J. Michael Dash (eds.), Vol. 2: English- and Dutch-speaking Regions, Amsterdam-Philadelphia: John Benjamins/Association Internationale de Littérature Comparée, 2001, 12, traducción nuestra.

de algunos de sus países. Pero lo cierto es que en esos calificativos presuntamente lingüísticos perviven concepciones nacionales de literatura que mal se avienen con las realidades de la creación caribeña, pues además soslayan el problema de la diglosia y de la co-presencia de otras lenguas, muchas veces de tipo sincrético surgidas durante la propia explotación esclavista, como es el caso del *créole* en el área francófona. El problema, como se verá en este libro, es abordado de lleno por Francisco Aiello en su lectura de la novela *Solibo Magnifique* del martiniqueño Patrick Chamoiseau. Así, llevando más lejos la reflexión, podríamos preguntarnos si la obra de la haitiana Danticat no sería también literatura de un Caribe *anglófono*, puesto que gira en torno del Caribe imaginado y escrito en inglés. De hecho, desde esa perspectiva de análisis, Andrea Montani se aproxima en otro de los capítulos de este libro a la obra de la escritora inglesa, hija de padres jamaíquinos, Andrea Levy.

A la hora de las nomenclaturas y generalizaciones, que son siempre problemáticas, los fenómenos literarios caribeños (emblemáticos del Todo-mundo contemplado por Édouard Glissant) presentan desafíos certeros, elocuentes tanto de la criollización del mundo en general, y de la imaginación intercultural de la escritura caribeña en particular, como del peso de las dominaciones foráneas sobre el Caribe. Existe, sin duda, para los productores literarios pero también para la crítica académica del área anglófona y francófona (e incluso del Caribe holandés y hasta del hispanoparlante), el monopolio norteamericano sobre la cultura antillana, la hegemonía de sus paradigmas de conocimiento, ligados ambos a la avanzada del angloamericano como “lengua universal”. La cuestión es abordada con suma inteligencia por Mónica del Valle, a propósito del problema de la traducción, lingüística, literaria, pero sobre todo cultural, del vudú. En su aporte a este volumen, la investigadora colombiana no solo revisa las conceptualizaciones racializadas, “monstruosas”, de la espiritualidad haitiana, especialmente vulgarizadas por el imaginario mediático estadounidense, también nos insta a proyectar una tarea colectiva de traducción de obras literarias y teóricas sobre el tema en nuestra región, con el fin de desestabilizar el racismo y el eurocentrismo que perviven hasta el día

de hoy en nuestras mentalidades.

Desde América Latina, entonces, intentamos leer el imaginario caribeño más allá de –y en conflicto con– las lenguas impuestas, conscientes de las ideas hegemónicas que es necesario deconstruir y atentos a las desigualdades de la República mundial de las Letras. En este sentido, si –como ya señalamos– la opción clasificatoria del Caribe *anglófono* o *francófono* permite una conceptualización más justa pues supera las determinaciones coloniales y abre el juego a una perspectiva regional propia, por otro lado aún querríamos pensar el Caribe entero no de acuerdo con compartimentalizaciones lingüísticas (que lo dividen en áreas) sino a partir de la mirada geopolítica con la que los escritores y escritoras (jamaíquinos/as, haitianos/as, guadalupenses, guyano-británicos/as, niuyorriqueños/as, dominicano-estadounidenses, y tantos otros “hyphenated Americans”) lo proyectan en diversas lenguas, como una “comunidad imaginada” y al mismo tiempo siempre situada, con especificidades históricas y tradiciones singulares, irreductibles. Creemos también imperioso, desde nuestro particular posicionamiento en la Academia latinoamericana, fomentar nuestra propia crítica, nuestras propias traducciones –lingüísticas, literarias y culturales– de las *islas afortunadas*, respetuosos de sus autoridades pero al mismo tiempo conscientes de que sus mayores riquezas han provenido de los avatares de sus transculturaciones.

La tarea, como sabemos, es todavía incipiente. La crítica hispanoamericana, hasta los años 60/70 del siglo pasado, ha obliterado el estudio de las literaturas caribeñas no hispánicas, y recién en las últimas décadas asistimos a un creciente interés entre los investigadores de nuestro subcontinente por la producción del Caribe anglófono y francófono. El caribeñismo desde América Latina cuenta con algunas empresas pioneras, desde aquellos puentes trazados en el volumen colectivo *América Latina en su literatura* (1972) coordinado César Fernández Moreno y la tarea crítica y editorial emprendida por Casa de las Américas en Cuba, hasta los trabajos historiográficos organizados por Ana Pizarro a partir de los años 80: *La literatura latinoamericana como proceso* (1985), con ideas programáticas respecto de la integración del Caribe anglófono, francófono, y también de len-

gua holandesa, a los estudios latinoamericanos, y *América Latina. Palavra, literatura e cultura* (1995), cuyo tercer volumen dedica una sección a las literaturas del Caribe no-hispánico. Además de sus propios trabajos críticos, Pizarro compiló en el año 2002 *El archipiélago de fronteras externas. Culturas del Caribe hoy* (2002), volumen que consolidó un proceso dentro de la investigación literaria latinoamericana que consistió en producir su propia crítica de las literaturas del Caribe anglófono y francófono (en el caso del Caribe holandés, dadas las barreras del idioma, el camino permanece prácticamente intransitado). Así, pues, entrado el siglo XXI, es posible constatar un avance en nuestros modos de acercamiento al área, puesto que la crítica disponible en español surge ya no (solo) de traducciones de estudios (muchas veces de corte panorámico) provenientes de otros ámbitos, sino que es resultado de una sostenida tarea llevada a cabo, y crecientemente enriquecida, por investigadores de diversos ámbitos académicos en Latinoamérica.

Nuestro libro se propone ser un aporte en esta dirección. Con excepción del capítulo a cargo de la brasileña Eurídice Figueiredo, pionera en los estudios del Caribe francófono, y que se ofrece en traducción, da a conocer un conjunto de producciones originales de investigadores hispanoamericanos, desde un posicionamiento crítico que se empeña en vincular esos espacios mayormente insulares (pero también continentales, como la Guyana) con el resto de América Latina. En relación con esta operatoria crítica, se destaca el diálogo fluido que se establece entre escrituras de expresión inglesa y francesa con textos tanto teórico-críticos como literarios surgidos en el ámbito de habla española en nuestro continente. Así, de modo productivo, Florencia Viterbo tiene en cuenta el contexto de los regionalismos latinoamericanos –además de los aportes de los peruanos José Carlos Mariátegui y Antonio Cornejo Polar– al momento de ingresar en textos narrativos poco estudiados del haitiano Jacques Roumain. Por su parte, Bonfiglio, en su estudio sobre George Lamming, establece conexiones entre la literatura angloantillana y la tradición latinoamericana, al observar similares mecanismos de autorización en los inicios de sus respectivos sistemas literarios, y paralelos en la búsqueda de autonomía

e independencia de los modelos coloniales. En su aproximación a *My Brother* de Jamaica Kincaid, Poe Lang sustenta su análisis en reflexiones del crítico argentino Alberto Giordano en torno de la literatura y el SIDA, al tiempo que, con acierto, emparenta la novela de la autora antiguana con *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas y *Pájaros en la playa* de Severo Sarduy, y realiza una lectura comparada con *El desbarrancadero* del colombiano Fernando Vallejo. La investigadora costarricense subsana así, pues, aquello que ella misma advierte en su contribución: la desatención del texto de Kincaid en los estudios latinoamericanos sobre la literatura y el SIDA, que atribuye a la barrera del idioma. También desde una perspectiva teórica, el trabajo de Elsa Maxwell en torno de la producción epistolar de las hermanas Hart en la Antigua del siglo XIX conecta la provechosa noción de Josefina Ludmer de “las tretas del débil” con los planteos afines sobre las *Weapons of the Weak* [armas del débil] del estadounidense James C. Scott.

De manera complementaria, los vínculos entre el Caribe y Latinoamérica no solamente resultan una problemática asediada por la crítica, sino que en ocasiones la propia escritura literaria tiende tales lazos, como ocurre en *I is a Long-Memoried Woman* de la guyanesa Grace Nichols, nacida en 1950 y residente en el Reino Unido desde 1977. El poemario analizado por Azucena Galettini revela a un yo lírico que, en diálogo con Kanaima, Montezuma, Papa Bois y Macunaíma, proyecta una hermandad de culturas sometidas al yugo de la colonia, a partir de la consideración de opresiones comunes. No obstante, encontramos también posiciones ajenas a esta visión integradora, manifiestas en el intercambio de Opal Palmer Adisa con María Alejandra Olivares, puesto que la escritora jamaíquina admite la poca o nula atención prestada a Sudamérica. Es sintomático que elija este topónimo para aludir al subcontinente, al que agrega luego América Central –como si fuera otra entidad, haciendo primar criterios geofísicos por sobre los históricos y culturales–, lo cual ratifica de manera elocuente el desconocimiento e incluso carácter inimaginable de América Latina que Brathwaite ha lamentado entre los anglocaribeños: “Es impensable que Jamaica y Barbados o Antigua o Saint Kitts alguna vez hayan soñado con

América Latina. Ni siquiera saben lo que significa esa palabra.”⁶

Lo cierto es que esta voluntad de pensar el Caribe como parte integrante de América Latina –amparada en condiciones análogas como la compartida e histórica situación de dependencia– no implica desconocer la singularidad de la región, en la cual son reconocibles determinados “núcleos de densidad simbólica”, como propusiera Ana Pizarro (2002), siendo la trata y la esclavitud de africanos uno de los más significativos en términos de su constante reelaboración en la literatura (y, por supuesto, en otras artes). Pues, en efecto, los trabajos de este libro confirman que el trauma de la esclavitud no ha sido resuelto, en tanto sus consecuencias no cesaron al momento en que cada potencia colonial determinó su abolición; la memoria del yugo sigue interpelando a los autores caribeños que la abordan desde distintas perspectivas y géneros: novela, poesía, ensayo.

La profusión de textos acerca de la esclavitud se vincula con el silenciamiento que padecieron los africanos explotados en las plantaciones. La ausencia de su voz en el discurso de la historia exige un esfuerzo de reconstrucción del pasado apelando principalmente a la memoria transmitida de generación en generación o a la imaginación creativa. Como bien explica Caisso, pensando en la obra de Brathwaite, se trata de una escritura que busca afirmar la memoria negra sin archivo. La novela *The Long Song* de Andrea Levy, analizada aquí por Montani, hace eje en el problema, complejizándolo con un enfoque de género que, leído en el marco de las “neo-slave narratives”, ciertamente enriquece ese legado norteamericano. Preocupaciones similares en torno de la memoria antillana de la esclavitud son exploradas por Figueiredo, quien destaca entre los autores francófonos de su corpus una obsesión por el pasado, la cual se resuelve en dos grandes tendencias: por un lado, en la obra de Aimé Césaire y Maryse Condé, a través del motivo del “retorno al África”, ya sea simbólico o real; por el otro, en autores como Édouard Glissant y Patrick Chamoiseau, las indagaciones no se remontan al continente de origen, sino asedian el barco negrero y los

⁶ “El lenguaje-nación y la poética del acriollamiento. Una conversación entre Kamau Brathwaite y Édouard Glissant”, ed. Ineke Phaf-Rheinberger, trad. y notas de Carolina Benavente, *Lingüística y Literatura*, N° 19 (2008), 322.

efectos de la esclavitud en el presente.

No se trata, por supuesto, de afirmar que el Caribe no tiene historia. Sin duda la excepcionalidad de la Revolución de 1791 y la posterior declaración de Independencia en 1804 hacen de Haití otro fuerte núcleo de sentido y un enorme productor de discursividades, en tanto la primera “República Negra” se instaló en el imaginario del mundo, como bien señala Mónica Del Valle. En la historia de la esclavitud antillana –que en ningún caso presenta cortes abruptos, sino un accidentado mapa de tensiones políticas e ideológicas– otro momento importante es abordado por Elsa Maxwell, quien recupera las intervenciones epistolares de las antiguas Elizabeth Hart Thwaites y Anne Hart Gilbert en torno del sistema esclavista, leídas como actos políticos a favor del abolicionismo. Por su parte, Eugenia Marra también nos traslada al siglo XIX, a través de la novela *Free enterprise* (1993) de Michelle Cliff, la cual rescata la figura de la norteamericana Mary Ellen Pleasant, una empresaria millonaria que destinó recursos económicos para la lucha contra la esclavitud en los Estados Unidos. También Marra afilia esta novela a la tradición afroestadounidense de las *slave narratives* y a los modos en que la ficción histórica ha funcionado como una herramienta fundamental de reivindicación de los oprimidos.

La memoria obliterada emerge además con fuerza a través de diversos recursos como el “lenguaje nación” de Brathwaite, entendido por Caisso como un concepto poético –otra de las joyas del Caribe–, o mediante el empleo de la éfrasis, cuando la literatura dialoga con las imágenes pictóricas para hacer más *visibles* a los sujetos silenciados. Tanto Michelle Cliff como Derek Walcott, según se lee en los capítulos en torno de sus obras, encuentran en la pintura –respectivamente “El barco esclavo” de J. M. W. Turner y “Apelles pintando el retrato de Campaspe” de Giambattista Tiepolo– los motivos de sus preocupaciones literarias. En la poesía de Walcott, analizada aquí por Griselda Riottini, despunta la capacidad de transformación de la imagen, artística y poética, por sobre las determinaciones y los silenciamientos de la historia. La mirada del esclavo, la visión mestiza, el sujeto caribeño no podrá obviar las relaciones de opresión que incluso el paisaje esconde, como también advierte

Galettini en su lectura de la poesía de Grace Nichols, pero la conciencia antillana, lejos del reflejo, es poder de creación.

*

Las contribuciones que integran este volumen son, en su mayoría, versiones reelaboradas de las comunicaciones presentadas en los Simposios dedicados al Caribe anglófono y francófono en el marco del II Congreso Internacional *El Caribe en sus Literaturas y Culturas*, celebrado en la ciudad de Córdoba (Argentina) los días 8, 9 y 10 de abril de 2015. El encuentro fue organizado por la *Red de Estudios Latinoamericanos Katatay* –de la cual formamos parte– y revela la voluntad por institucionalizar un trabajo colectivo tendiente al abordaje integral de Latinoamérica, con singular interés en zonas poco transitadas por los estudios latinoamericanos, como sin duda es el caso del Caribe no hispánico.

No pensamos este libro en términos de resultado, lo que supondría un cierre, sino como una etapa en un camino aún por recorrer. Quizás uno de los principales obstáculos que enfrentamos sea la exigüidad de las traducciones existentes –a lo que se suman severos problemas de distribución– de la literatura del área. Sin embargo, creemos que el propio desarrollo de las investigaciones en lengua española resultará un incentivo para proyectos editoriales que favorezcan las versiones en nuestra lengua de los textos caribeños, las cuales asimismo contribuirán a incrementar la atención crítica e incluso el impacto en la enseñanza de la literatura latinoamericana.

Las islas afortunadas pretende seguir el camino iniciado por aquellos latinoamericanistas que, desde las últimas décadas del siglo XX, fueron capaces de ampliar los alcances de su mirada crítica hasta abarcar –en ocasiones como una tímida aproximación o apenas alguna alusión un tanto oblicua– las literaturas del Caribe escritas en inglés y en francés. Confiamos en que la participación de investigadores de seis universidades argentinas, así como de Brasil, Chile, Colombia y Costa Rica, supondrá un aporte a la consolidación de estudios caribeños producidos desde una perspectiva latinoamericana, cuya construcción

Prólogo

resulta inconcebible sin la tarea colectiva que buscamos propiciar en este trabajo. Acaso, de ese modo, podamos también reorientar la fortuna de estas islas que tanto tienen para decirnos.